

engolamiento de las academias y el tieso espíritu de sus oraciones vacías, de nada hubieran servido para la rememoración del poeta. Pero la juventud estuvo muda, fingió no recordar, se dió aires de perdonavidas. Muchos de ellos han bebido en Bécquer. Muchos de los que intentan volar, le han pedido sus alas o se las han arrancado, en despoblado, sin previo consentimiento al noble y triste y dulce poeta, tan moderno y tan auténtico como el que más. Callaron, para no rendir homenajes al que fué de ayer, porque rendirlos hasta en la máxima poesía, es sentar plaza de retrógrados. Así es la varonía de hoy. En Bécquer hubieran encontrado respuesta a muchas interrogaciones secretas, si se hubieran dado el trabajo de entenderlo no conforme a las presuntuosas arrogancias de escuela, sino en razón de las altas y puras de la sensibilidad.

Nuestra Historia en Europa

Un escritor francés, Jacques Bainville, recientemente fallecido, publicó un libro, LOS DICTADORES, cuya traducción castellana acaba de lanzar una editorial chilena. Ese libro contiene documentos inestimables para revelar la ignorancia de los escritores europeos en punto a materias históricas de los países hispanoamericanos. Bainville, tan estimable por otros capítulos de su obra, ha demostrado en este libro lo que desde hace tiempo vienen demostrando, con empeñamiento singular los escritores franceses, su desconocimiento, cuando no total de la historia americana, insuficiente en la documentación. A Bainville le ha ocurrido lo último. Un pequeño retrato de Portales y unas pocas notas sobre la vida chilena, bastan y sobran para revelar su desconocimiento de la materia. Es sensible, porque Bainville gozaba de cierta autoridad en Francia y las derechas especialmente entre las cuales se contaba, le habían reconocido como uno de sus más sólidos puntales.

Pero ya estamos habituados a este desconocimiento. Gran parte de él debe cargarse a la cuenta de nuestra representación diplomática que no ha querido o no ha podido realizar la verdadera

obra de propaganda. El diplomático es un señor que ignora más cosas de las necesarias. Tal era la definición de un político chileno. Con lo cual quería dar a entender que ese diplomático, si representaba bien a su patria desde el punto de vista de las relaciones sociales, lo hacía muy mal en muchísimos otros puntos de gran interés. En Europa suelen tomar el rábano por las hojas, cuando se trata de hablar de un país que allí se considera geográficamente ubicado en rincones desolados y peligrosos del globo. Es probable que conozcan sus productos de exportación, por conveniencias comerciales. Todo eso está bien. Ayuda a la economía general, al desarrollo de las finanzas. Pero queda el país productor de materias primas, por debajo de la cultura. Casi al nivel de los pueblos coloniales. La prueba la da Bainville, abordando un tema de su especialidad y abordándolo con entero desconocimiento de la historia. Ni siquiera los nombres han sido bien colocados, ya que el Presidente Prieto, le hace figurar como Soreto. Apellido inexistente en Chile.

La representación diplomática es seguro que ni siquiera habrá tomado nota de este desaguizado. No decimos del cambio de apellido, que al fin pudiera cargarse a la cuenta de la corrección de pruebas para salir del paso. El desaguizado está en todo el cuadro breve que traza Bainville, de la acción política de Portales y de otros políticos. Los franceses que hayan leído ese libro se quedarán tan frescos y tan convencidos con lo que cuenta el historiador, como otros lectores de otros países europeos. Se dirá que tal cosa carece de importancia, que un historiador que se equivoca es pan de cada día y que lo que interesa no es conocer la historia, sino el comercio de Chile.

Todo eso es probable. Sólo que un país no es sólo su comercio. Un país es algo más que eso. Es su cultura, su historia, sus hombres representativos, la acción de esos hombres en el crecimiento y en la evolución de sus ideas o de sus organismos políticos. Es deprimente para un pueblo que se diga: «produce muy buen café, muy buenos cueros, muy excelente cacao, espléndidos carneros, insusti-

tuíbles productos de abono». Y nada más?... podría preguntar un curioso de la cultura.

En ese terrible y sencillo «nada más» está el punto de toque. Y descansa también la acción de la representación diplomática. Es singular el caso de aquel representante en un país cercano al cual una revista de ciencias entregó un cuestionario acerca de la evolución intelectual de su país, para que respondiera en un plazo dado de tiempo. El representante nada sabía al parecer de esa evolución y envió el cuestionario a la Cancillería para que se buscara algún hombre de letras que quisiera encargarse de contestar por el Ministro. Así se hizo.

No es, pues, aventurado afirmar que gran parte de la culpa en el desconocimiento inefable de que gozamos en Europa se debe a nuestros encargados de darnos a conocer. Para ellos no parece tener importancia la ampliación de las fronteras culturales del país, cuya representación tienen y cada disparate que los escritores o historiadores europeos estampan no es desvirtuado por las razones que ya hemos dado. Lamentable situación.